

dedicado a las fuerzas de seguridad transcurre en gran medida en Madrid, donde tuvieron lugar, en la primavera-verano de 1936, los asesinatos del alférez Anastasio de los Reyes, del capitán Carlos Faraudo, del teniente José del Castillo y del diputado José Calvo Sotelo, este último en represalia por la muerte de Castillo, oficial de la Guardia de Asalto e instructor de las milicias socialistas. A raíz precisamente de los entierros, casi simultáneos, de este militar de izquierdas y de Calvo Sotelo, convertidos en manifestaciones políticas de rechazo al adversario, Indalecio Prieto formuló un desgarrador diagnóstico del clima político que presidía la vida nacional a mediados de julio de 1936. Como en otras ocasiones –por ejemplo, su célebre discurso en Cuenca el 1 de mayo de aquel año–, sus palabras adquieren un valor profético, si tenemos en cuenta que faltaban todavía unos días para que se produjera el golpe militar contra la República: «Toda la hondura de la guerra civil que vive España», afirmó Prieto el 15 de julio, se plasma en el hecho de que «ya no pueden estar juntos ni los vivos ni los muertos»<sup>5</sup>.

En su segunda parte, el eje temático del libro se desplaza del espacio –pequeñas o grandes comunidades urbanas sacudidas por la violencia– al individuo, de la microhistoria a la microbiografía. Los capítulos del 5 al 8 narran la peripecia de cuatro personajes pertenecientes a las dos Españas en liza, de forma que el título de la obra, *Vidas truncadas*, se justifica más, si cabe, en este recorrido por cuatro historias que acaban en tragedia. La del

chequista Agapito García Atadell es analizada por José Antonio Parejo en un capítulo –«Anatomía de un radical»– que muestra, por un lado, la porosidad de las estructuras orgánicas de la izquierda, que permitía, como en este caso, trayectorias de ida y vuelta entre el socialismo y el comunismo, y, por otro, el fuerte componente generacional del radicalismo político de los años treinta, al que fueron especialmente propensos los nacidos con el nuevo siglo. Lo dijo ya en 1928 el escritor comunista César Arconada: «Un joven puede ser comunista, fascista, cualquier cosa menos tener viejas ideas liberales»<sup>6</sup>. Atadell tenía 34 años cuando estalló la Guerra Civil y una cierta fama como agitador profesional, que se acrecentó en el Madrid en guerra al convertirse en responsable de una de las checas más activas en la detención y ejecución de derechistas y «gentes de orden». Su sorprendente huida del Madrid republicano, temiendo ser víctima del mismo aparato represivo al que con tanto celo había servido hasta entonces, y su captura por el enemigo, que le juzgó, condenó y ejecutó, trocaron el mito de Atadell como leal defensor de la República en un caso de alta traición con oscuras motivaciones. Menos rocambolesca, aunque igual de dramática, es la historia de los otros tres personajes que completan el libro. Sandra Souto, historiadora siempre rigurosa y solvente, reconstruye la vida y la muerte del joven socialista italiano Fernando de Rosa. Había llegado a España en 1932, tras huir de la Italia fascista y perpetrar en Bélgica un atentado contra el príncipe heredero